

Música blanca
Cristina Cerezales Laforet

Ediciones Destino, páginas 105-8.

Carta a Elena Fortún:

Queridísima Elena mía.

Te debo esta carta que te escribo hoy. Me ha sucedido algo milagroso inexpresable, imposible de comprender para quien no lo haya sentido y que sin embargo tengo absolutamente la obligación de contar a los que quiero... Y a todos, a todo el que quiera oírlo.

Sé que no se puede comprender porque yo no lo comprendía. Y no sé por qué a mí, a mí me ha sucedido. ¡A mí...! Ha sido debido a lo que habéis rezado por mí los que me queréis y al sufrimiento de alguien... Pero ha sido tan extraordinario, tan maravilloso, que nunca sabré encontrar palabras para expresarlo.

Tú sabes, Elena mía, que hace tiempo, hace meses me interesaba por cosas de religión. El Evangelio entraba en mí con su encanto imposible de no ser entendido..., pero nada más. En cuanto quería abordar un misterio con la inteligencia, el misterio se volvía insoluble. Prefería no entrar demasiado en ello.

El domingo 16 te escribí una carta. Fui a echarla a Correos y luego tenía que hablar de un asunto con una amiga. Fui a buscarla a la iglesia donde ella estaba en aquel momento rezando por mí. No lográbamos entendernos en algunas cosas; pero aquella tarde comprendí sus puntos de vista con gran facilidad. Me despedí y al volver hacia mi casa, andando, sin saber cómo, Elena, sin que pueda explicártelo nunca, me di cuenta de que mi visión del mundo estaba cambiada totalmente.

Elena... cuando no se tiene esto puede uno ver un milagro con los ojos del cuerpo y no creer en él, pero cuando uno siente dentro, dentro de uno el milagro más maravilloso, la transformación radical del ser, el mundo del misterio es sólo lo verdadero. Dios me ha cogido por los cabellos y me ha sumergido en su misma Esencia. Ya no es que no haya dificultad para creer, para entender lo inexpresable... es que no se puede no creer en ello.

Rezo el Credo por la calle sin darme cuenta. Cada una de sus palabras es luz. Elena, la gracia tal como la he recibido es la felicidad más completa que existe. Jamás, jamás se puede sospechar una cosa así. La pobre voluptuosidad humana, Elena... no es nada comparada con esto. Nada... No existe ni una tentación... sólo un temor desesperado de perder esta sensación de Dios que sabes que te ha venido así, que se te ha dado por un misterio, por una elección indiscifrable a la que tu mérito es ajeno por completo. Mientras tengas esto estás salvada..., perderlo debe ser el mayor horror. Toda mi vida tiende a conservarlo. Todos los sufrimientos, todo lo que pueda sucederme no es nada si tengo esto, Elena mía. No es nada...

No se puede comprender. No se puede imaginar nunca lo que esto es... La Virgen y los santos y los dogmas todos de la Iglesia se acercan a uno, están dentro de uno. No puedo desear otra cosa en la vida que el que los que yo quiero tengan esta sensación infinita... Y todos, todos los hombres, Elena. ¡Si la pudieran tener!

Pero no se sabe por qué este milagro inexpresable viene y nos penetra y por qué precisamente algunos son elegidos. Sé querida de mi alma que hay personas piadosas y buenas y temerosas de Dios que jamás han sentido esto.

Es una llamada, una hoguera, un deslumbramiento, una claridad de maravilla. Es como si abrieran dentro de nosotros las puertas de la Eternidad.

Nunca lo podré decir, pero lo tengo que decir. Es VERDAD, todo es verdad, todo es verdad. La verdad me ha traspasado, me ha cambiado en una hora, en unos minutos de mi vida. Es verdad, Elena... Y ¡esa verdad ha venido a mí!

Estoy en las manos de Dios. Nada le puedo pedir; nada más que no me abandone otra vez y sí, que dé su gracia a todos, que dé su gracia... Otra cosa no sé decir ni pedir.

Naturalmente he confesado y comulgado. Mi literatura ya no me importa. Sé que tengo que hacerla, que tendré que trabajar más que nunca pero mi nombre ya no me importa.

Quiero a mi marido, a mis hijas, con un amor nuevo y maravilloso, y a todos los hombres sólo porque pueden ser salvados.

No estoy trastornada en absoluto, ni nerviosa, ni desquiciada, sólo maravillada, arrodillada delante de Dios, asombrada de que me haya dado esto. Temblando de no saber conservarlo.

Amiga mía querida, Elena mía querida... seguiría escribiéndote así con infinitas repeticiones lo que sé que no se puede escribir ni explicar ni mucho menos entender si Dios no quiere que se entienda.

¿Por qué Él me ha cogido?... Una hora antes ni lo sospechaba. Todo lo que quería entender... ¡qué absolutamente velado estaba para mí!, hasta que Dios quiso, hasta el momento fijado desde toda la Eternidad en que Dios quiso.

Ahora sé que en Sus Manos soy algo... no sé qué. Él me dirá.

Querida mía. Escíbeme si puedes. Rezaré mucho por ti ahora que puedo hacerlo. Te quiero mucho. Estoy embobada con esta maravilla que me pasa.

Te abrazo una y mil veces.

Tu Carmen

P.S.

Esta carta ha rodado muchos días por mi escritorio... San Nicolás llegó... Y creo que por sugestión tuya; y causó una alegría enorme. Mi vida ha cambiado mucho. Ha tomado un sentido magnífico. Ahora sé lo que tengo que hacer. Sé también que muchas veces me parecerá duro, pero que en el fondo, esa alegría de haber sentido esta llamada de Dios me sostiene...

Elena mía, ¡mil y mil gracias por todo!

De su libro **La mujer nueva**.

El amor –notaba el alma de Paulina-, el amor es algo más allá de una pequeña pasión o de una grande, es más... Es lo que traspasa esta pasión, lo que queda en el alma de bueno, si algo queda, cuando el deseo, el dolor, el ansia han pasado. El amor se parece a la armonía del mundo, tan serena. A su inmensa belleza, que se nutre incluso de las muertes y las separaciones y la enfermedad y la pena... El amor es más que esta armonía; es lo que la sostiene... El amor dispone la inmensidad del Universo, la ordenación de las leyes que son matemáticamente las mismas para las estrellas que para los átomos, esas leyes que, en penosos balbuceos, a veces, descubre el hombre.

El amor es Dios –supo Paulina-; Dios, esa inmensa hoguera de felicidad y bien, en la que nos encontramos, nos colmamos, a la que tendemos, a la que tenemos libertad para ir y vamos, si no nos atamos nosotros mismos piedras al cuello... (p 110)

De una carta a Ramón Sender:

Para mí la cosa de Dios ha sido tremenda. Primero como algo que vino desde fuera. Luego una búsqueda de siete años en que hice las mayores idioteces y la dejé y me metí por todos los vericuetos de nuestro catolicismo español en lo que tiene de venero religioso y en lo que tiene de absurdo y enmohecido y todo. Luego una enfermedad física de todas estas contradicciones entre lo que hacía y mi manera de ser. Y luego otros siete años en los que estoy de casi huida, de volver a mi ser, de encauzar todo a mi razón. Pero siempre encuentro a Dios en todas partes. A veces es como una locura tranquila. Si me voy a París, Dios está en París, si voy a USA, Dios está en USA. Si creo que lo he olvidado, me voy de narices contra Él. (pp 110-1)

La mujer nueva

Ed Destino libro, Barcelona, 2004

Esta idea extraña le venía como con un deseo hondísimo de paz...

No. Más que eso... Era un deseo de poder saborear, quietamente y sin interrupciones, esta paz que la estaba llenando por momentos. Porque, como una marea, en pequeñas y lentas oleadas, la paz invadía su espíritu. Era una sensación divina. La tuvo como transportada esa sensación, medio inclinada en su cama, sin vestirse, absorta en el espectáculo de la llanura.

[,,,]

El corazón de Paulina se sentía también misteriosamente unido al de los hombres y las mujeres de todo el mundo, con su capacidad de daño y destrucción y también esa otra capacidad, esa otra sed, esa otra búsqueda que a veces se pierde... La búsqueda del amor. Vio cómo ella misma y cómo todos los hombres, hasta los que lo niegan, hasta los que le dan la espalda y, exasperados, lo disfrazan de crimen, buscan el amor. Lo buscan a veces con la elementalidad de las bestias y a veces con dolor y ceguera, y a veces con un odio de su rastro y de su nombre...

A veces el amor les suena hermosamente, parece que va a ser como un mar rompiente e infinito... Luego se quedan los hombres sin llegar a él, en un pequeño charco cualquiera, que espejea... Los seres humanos aman estos charcos, se ahogan en ellos, se pierden en ellos, se mueren en ellos, a dos pasos de ese rumor más lejano, más difícil, de ese mar de amor, inmenso, que existe, que espera...

Paulina, absorta, bajó lentamente la cortinilla de su ventana. El tren pitaba al entrar en una estación. A ella no le hacía falta ahora mirar hacia la llanura. Era como si le hubiese quedado dentro aquel amanecer hermoso.

[...]

Ahora, la sensación de la plena belleza del mundo se le hizo más completa y más pura... Veía ella las ciudades donde los seres humanos sufren, hacinados, y se desean o se odian sin querer mirar aquello que en verdad anhelan, aquel colmo de su vacío que buscan, aun cuando se matan, y que sólo puede llenar el amor. Veía el dolor de muchos, aquel dolor tan puro, tan alegremente ofrecido, de sus amigas carmelitas... Un dolor que alcanza su objeto de amor... Y sentía que otros muchos hombres son obstáculos conscientes para que sus hermanos no sientan y no contemplen el amor necesario, y sintió cómo a éstos les ayudaba un espíritu de cobardía y de mal. Tuvo la intuición de seres humanos que son como vivos canales por donde el amor corre y fructifica, y estos hombres y estas mujeres son aquellos cuya vida se cumple enteramente, aunque en apariencia puedan ser feos y pobres o enfermos; su vida humana se

cumple como se cumple la de las flores al dar color, aroma, y convertirse luego en fruto; y como se cumple la de las humildes hierbas del campo de Castilla, en su olor tónico y puro.

De pronto, se dio cuenta de que todo esto se le derramaba en el espíritu en vivos ríos de comprensión, que nada tenían de sentimentales, porque la hubieran ahogado.

Estaba sonriente, tranquila. Con todo aquello dentro o envuelta en todo aquello. Se vio a sí misma, dándose cuenta de que se pintaba los labios frente al espejo del lavabo, haciendo mil equilibrios con el traqueteo del tren. Sus ojos estaban profundamente serenos. Con una serenidad que no tenía hacía muchos años.

“¿Qué te pasa Paulina?”

Lo preguntó suavemente, a media voz, dirigiéndose a la imagen suya del espejo... Pero, en verdad, materialmente, no le sucedía nada. Alrededor suyo no sucedía absolutamente nada. Alrededor suyo no sucedía absolutamente nada.

De nuevo volvió a la ventana y la abrió. Entonces recibió en la cara el fresco aroma, el viento que la velocidad del tren producía, los chirridos de los pájaros, los fuertes colores de la tierra, que el sol caldeaba ya y que se confundía en el brillante amanecer.

El amor –notaba el alma de Paulina-, el amor es algo más allá de una pequeña pasión o de una grande, es más... Es lo que traspasa esta pasión, lo que queda en el alma de bueno, si algo queda, cuando el deseo, el dolor, el ansia han pasado. El amor se parece a la armonía del mundo, tan serena. A su inmensa belleza, que se nutre incluso con las muertes y las separaciones y la enfermedad y la pena... El amor es más que esta armonía; es lo que la sostiene... El amor recoge en sí todas las armonías, todas las bellezas, todas las aspiraciones, los sollozos, los gritos de júbilo... El amor dispone la inmensidad del Universo, la ordenación de leyes que son matemáticamente las mismas para las estrellas que para los átomos, esas leyes que, en penosos balbuceos, a veces, descubre el hombre.

El Amor es Dios –supo Paulina-; Dios, esa inmensa hoguera de felicidad y bien, en la que nos encontramos, nos colmamos, a la que tendemos, a la que tenemos libertad para ir y vamos, si no nos atamos nosotros mismos piedras al cuello...

[...]

De repente, sintió como una llamarada de felicidad... Mucho más que eso. Lo que sentía no cabe en la estrecha palabra felicidad: Gozo.

Por primera vez en la vida, Paulina supo lo que es el gozo. Algo sin nombre le había ocurrido, le estaba ocurriendo fuera de toda experiencia de cosas humanas que le hubiesen sucedido en su vida...

Con si un ángel la hubiese agarrado por los cabellos y la hubiese arrebatado hasta el límite de sus horizontes pequeños de siempre, y hubiese abierto aquellos horizontes, desgarrándolos y

enseñándole un abismo, una dimensión de luz que jamás hubiese sospechado... La dimensión de la vida que no se encierra en el tiempo ni en el espacio y que es la dorada, la arrebatada, la asombrosa, inmensa dimensión del Gozo. El porqué del Universo, la Gloria de Dios. El Gozo.

Jamás Paulina, hasta entonces, había entendido el Cielo. Es cierto, tampoco se lo había querido imaginar, y las pueriles palabras con que se lo habían explicado los hombres le habían causado risa, y le habían producido imágenes absurdas... “Angelitos tocando el arpa”, “quietud”... Y le pareció que si alguna vez ella intentase explicarlo, su explicación sería también pueril y limitada. Como si alguien quisiese dar idea del color y la luz a un ciego de nacimiento, así sería su explicación para quien no lo hubiese entendido antes. Pero ella se emparaba de la misteriosa y a un tiempo tranquila y arrebatada comprensión de la hoguera de gozo a que, maravillosamente, el hombre ha sido llamado. Aquello Hoguera de Amor que ha dado esa chispa al alma humana, su insatisfacción, su ansia de buscar...

- ¡Dios mío –dijo Paulina-, Dios mío!

Y por primera vez, sus palabras no eran una costumbre mecánica, sino algo lleno de reverencia y significado.

Nada le sucedía. Sus nervios estaban tranquilos, su carne en paz, mientras aquella profunda sabiduría se le metía en el espíritu... Y era al mismo tiempo la comprensión de Dios, Felicidad Infinita, Amor Eterno, al que toda nuestra vida tiende, para El que existimos, para El que crecemos, amamos, sufrimos, anhelamos y nos moldeamos... Y era también el sentimiento de este mismo Dios infinito metiéndose en el alma para prender en ella está sabiduría... Y, además, aún, la seguridad de que Dios mismo, El que espera y llama, El que entra en el alma y la arrebatada, Dios, enseña el camino de este deseo... Dios se nos ha dado como palabra humana. Con cuerpo de hombre. Dios vivo y Hombre vivo, para deletrear en el lenguaje de los hombres el secreto del Universo.

Sentía a Dios único como llamarada que llama y crea. Sentía a Dios, que se mete en el alma, Espíritu Santo. Sentía a Dios, Camino de Dios mismo, conductor de la vida desde el anhelo que pone en ella es Espíritu Santo hasta la Hoguera del Gozo, a Dios Hijo, a Cristo.

Sentir es una palabra inadecuada; pero no encuentro otra en mi idioma, hoy, para describir aquel estado beato y suave en que Paulina iba sabiendo estas cosas. No estaba quieta ni arrobada... Ni era todo esto algo pasajero, sino como una comprensión, pura y simple, que permanecía en ella... Ella que hacía, mientras tanto, cosas tan prosaicas como arreglar su maleta y cerrarla sin que le temblasen las manos...

No le costaba el menor esfuerzo sentirse inundada de esta Fe, consolada por esta sabiduría absoluta. Era como si solamente en esta aura de amor, de comprensión, de fe, pudiese vivir... Algo natural, como el aire que respiraba. Como el respirar y el gemir le es natural al recién nacido, aunque el tránsito desde la placenta maternal al mundo no deje de ser extraordinario.

Unos minutos después de cerrar su maleta la miró como aturdida. Después, lentamente, comprendió sus gestos y se puso de rodillas, sobre el traqueteo del tren, y dio gracias a Dios

por la Vida que notaba en oleadas... Gracias por todo lo que hubiera podido preparar aquel nacimiento de luz, por aquella larga y dolorosa gestación de su alma, en la que ella no había hecho esfuerzo... Gracias por esta vida nueva que, sin mérito alguno de su parte, esta mañana de Dios, precisamente esta mañana, le estaba siendo dada.

En el pasillo del tren se oyó la campanilla que agitaban los mozos de comedor anunciando el desayuno. Paulina sonrió, asombrada, al descubrir su cara de entre las manos que la ocultaban, de sentir hambre. Siempre con aquella impresión de nacimiento, de vida natural y limpia, se asomó al pasillo del tren, con la cara llena de alegría. En el pasillo tropezó con dos o tres personas a las que saludó con una sonrisa iluminada... Después se encontró en el restaurante, frente al primer desayuno que iba a hacer en compañía de Dios. No se lo ofreció ni dio las gracias con palabras, como –ya lo había olvidado- hacían sus padres, pero en el fondo de su espíritu, el Amor seguía prendiendo su llamarada.

En la misma mesa de Paulina y frente a ella, un señor bajito, calvo y malhumorado, carraspeaba. Ella empezó a sonreír como entre nubes. El señor se interesó, se le encendieron un poco los ojos e intentó algo así como un piropo... Se desconcertó, luego, al ver que Paulina estaba mirando ahora hacia el paisaje, con la misma cálida e íntima felicidad con que antes lo había mirado, mientras mordisqueaba pan con mantequilla.

“Siempre, algo muy grande me sucede en el tren”... Pensó esto, pero se avergonzó de su pensamiento. El amor sentido hacia Eulogio estaba en un orden de cosas que ni podía compararse a este otro Amor que la llenaba. Otra cosa, otra dimensión... Nada... Estaba en otro mundo de esta dimensión serena... En otro mundo, lo mismo que la arrebatada angustia que la llenó unas horas antes y que sus jadeantes palabras en brazos de un hombre.

[...]

Quería estar en su departamento, volver a su bendita soledad. Comprendió qué inmensa suerte tenía en el lujo de ir sola. Sabía que lo mismo le hubiese ocurrido, entre multitud, aquel advenimiento de Amor. Ni por un momento se apagaba dentro de ella el Gozo... Comprendía que aquello que empujaba su vida y que se le abría dentro era algo que podría entrar cuando quisiese en cualquier vida humana... Comprendía que era una fuerza más viva que el recogimiento, más poderosa que la atracción entre los seres de sexo distinto, más cálida que un incendio... Sabía todo esto, pero estaba contenta de tener, precisamente en aquellos momentos, un departamento individual, un sitio donde poder cerrar su puerta, fumar plácidamente en soledad...

Cuando recordó la historia, que tantas veces su abuela Bel le había contado, de San Pablo cayendo de su caballo, fulminado por el amor de Cristo cuando iba persiguiéndolo lleno de odio. Paulina empezó a llorar. Ella había recibido su nombre de cristiana porque había nacido precisamente el día en que la Iglesia conmemora este hecho... Le cayeron unas lentas lágrimas gozosas por las mejillas.

Era tan inocente, tenía tan absoluto desconocimiento de lo que es la misteriosa, personal y extraordinaria aventura de la vida humana en gracia, que se creyó, como otro San Pablo, invulnerable ya para siempre en este inmenso descubrimiento que acababa de hacer...

[...]

Un par de horas más tarde, el tren pitaba en la playa de raíles, antes de la entrada de la estación del Norte. Madrid, brillando debajo de un sol como oro líquido, recibió a una Paulina de treinta y tres años. Recién nacida. (Segunda Parte, I, pp 136-143)

Paulina entró en un estanco, compró papel y sobre y allí mismo escribió dos líneas a Blanca, contándole que, súbitamente, había creído en Dios, que entendía la felicidad y el heroísmo de los santos, y que le mandaba un gran abrazo. Pegó cuidadosamente la carta con su sello y la echó en el buzón de la calle del Carmen.

[Ante sus planteamientos “Si alguna vez me caso...”]

Esto lo había pensado alguna vez... Casi lo sentía ahora. Sólo que no podía formularse claramente, porque estaba demasiado empapada de dicha, para desear dicha alguna, ni desquite alguno.

Así, muy de soslayo, como un viejo dolor, le vino el recuerdo de Antonio. Sin embargo, como no dependía de su voluntad, sino que le era dado aquel sentimiento de gozo y paz perfecta, Antonio quedó de nuevo por debajo de su intensa y gozosa dicha de Dios, que seguía respirando.

Se puso un traje viejo y un delantal y empezó a fregar, a baldear el piso, y se sorprendió a sí misma cantando. Habían pasado años desde la última vez que ella había realizado con alegría estas humildes tareas de mujer. Según iba desapareciendo el polvo, y brillaban los suelos, se iban también los mezquinos recuerdos que encerraban aquellas paredes.

A veces se paraba en medio de cualquier faena casera, para pensar, deslumbrada, en que creía. Se volvía hacia Dios, levantaba a Él el corazón, le preguntaba qué deseaba de ella, de la pobre mujer que era ella, ya que así la llamaba. Se olvidó de comer y a la tarde bajó a la calle a comprar unas frutas... y un catecismo de doctrina cristiana. Sentada en el suelo de su pasillo, en el rincón más fresco, leyó con toda el alma aquella tarde.

[...]

Jamás nada le pareció tan luminoso, jamás unas preguntas y contestaciones escuetas se envolvieron para nadie en tan jugosa fragancia y emoción como para Paulina cada frase, cada contestación de aquel catecismo Ripalda para niños... Le parecía que, muchos años antes, cuando se preparó para la comunión siendo una niña, había recitado aquellas cosas llenas de hondura, hermosura extraordinaria y profundo y agudísimo sentido, sin darle ningún alcance. Se veía a sí misma aburrída, balanceando un cuerpecillo menudo, jugando con sus trenzas y cantando gangosamente:

“Creo en Dios padre Todopoderoso...”

Ahora lloraba.

“Llorona –se dijo en un momento determinado-. Llorona”... Se sonrió, limpiándose las lágrimas.

[...] ... Mil puntos de luz, debajo del agobiado cielo, del jadeante y cansado cielo de agosto. Antes que las estrellas, un mar de luces eléctricas...

“Dios mío”, pensaba Paulina...

Dios la llevaba de la mano como en un vuelo. Entendía los misterios el cielo y de la tierra, aun sin explicárselos. Le parecía sentir sobre su vida la sonrisa de la Madre de Dios... Sabía que una cadena de seres que la habían precedido, la ayudaban y esperaban ser ayudados por ella. Sabía que tenía que ponerse de rodillas delante de un confesionario, ya que Cristo había investido a unos hombres, sus sacerdotes, con el inmenso y tremendo poder de perdonar, y exigía este sencillo gesto a aquel que pudiese hacerlo, para obtener este perdón... Era, en verdad, el gesto del que haciéndolo confiesa su amor, y quiere apartar de sí todo lo que le obstaculiza para alcanzarlo.

Por la noche estuvo hasta muy de madrugada haciendo examen de conciencia... Recordó toda su vida. Le pareció que jamás había hecho una buena confesión, que siempre fue indulgente consigo misma, desde niña... Que jamás se paró un momento a considerar qué cosa tremenda son los sacramentos y el sacrificio de la misa y Quién allí se sacrificaba... Le pareció también que su cristiana familia la había enseñado muy pocas cosas profundas de su religión, que sólo le había cargado la cabeza con preceptos morales a los que no había encontrado hasta ahora el menor sentido, porque, en verdad, sólo tenían el sentido de llevar al Amor.

[Cfr. confesión de Paulina]

- Padre, hace muchos años que no me he confesado...

Paulina lo dijo tan deprisa y con voz tan tenue que el sacerdote no entendió. Tuvo que repetirlo.

- Bien, hija mía, ¿Y qué te ha hecho venir?

- Antes no creía, ahora creo... Estoy convencida...

El sacerdote no demostraba sorpresa alguna, hizo algunas preguntas, para ayudarla, y al fin Paulina recordó todo aquello en lo que había pensado durante la noche.

- Cuando era pequeña aborrecía a mi padre... Nunca lo confesé...

El sacerdote parecía sorprendido, y dijo algo como que hay cosas que uno mismo ignora, pero Paulina sintió que algo muy oscuro y doloroso se había limpiado, y después habló de su antipatía a todo lo que fuese clerical y “oscuro”, y la escucharon en silencio. Poco a poco fue haciendo un repaso de los mandamientos y con asombro veía que los había violado casi todos al violar el primero, o al no practicarlo...

[...]

El caso de Antonio parecía mucho más grave. Era un doble adulterio. Debía alejarse de Antonio...

Lo diferente del confesionario a la vida es que aquí se acaba el adorno. Paulina no podía explicar nada de lo que para ella había sido el amor de Antonio, después de una época de vacío absoluto, tristeza y enfermedad... No quedaba más que aquel esqueleto repugnante. En el fondo, la verdad.

Aun, algo inquieto, como un reptil, una angustia, una duda...

- Pero en el caso de que muera su mujer, siendo yo libre...
- Yo no le puedo dar la absolución si usted hace esas especulaciones.

Entonces Paulina sintió un olor insoportable, una pena que tampoco tenía nada de sentimental, que era una pena pura, como era puro su gozo al pensar en Dios. La pena de verse privada de aquel amor, de aquella presencia.

- Yo me arrepiento de todo corazón, de todo lo que ofenda y haya ofendido a Dios en mi vida. Yo prometo...

Antonio no era nada. Un idolillo de barro, un capricho, un miserable charco de agua delante del inmenso mar... No había duda alguna.

Salió del confesionario sintiendo, además de aquella certeza y alegría que la llenaba durante todo el tiempo ese amanecer anterior, un descanso profundo que tenía mucho de físico.

[...]

Paulina iba camino de su casa, con el corazón radiante y sin medias... Fue aquella misma tarde cuando ella vio un letrero, en la puerta de la Iglesia, prohibiendo este detalle. Se corrigió enseguida.

Cuando llegó el telegrama de Blanca, todas estas cosas habían sido cumplidas. Paulina recibía a Cristo cada día, en su cuerpo y en su alma. Vivía un extraño retiro dentro de su pequeño piso. No había visto a nadie desde su llegada a Madrid. Se empapaba de catecismo... Se sentía tan fuera de vivir humano corriente, que cuando recibió el telegrama de Blanca pensó en no hacerle caso. Ella tenía bastante con su gran dulzura, con su profunda exaltación...

Pero quizá era ya hora de hablar con alguien de aquel gozo, de comunicarlo, de compartirlo. Quizá el padre González le ayudara a saber qué es lo que Dios quería de ella cuando la había levantado de sus miserias y de su angustia, a la altura inimaginable de esta gran felicidad.

[...]

Paulina pensó en lo que podía ser la vida de un muchacho, consagrado a Dios casi desde la infancia. Pocos días antes hubiera pensado en ella como un absurdo inimaginable. Ahora sabía que si Dios quiere, un niño puede sentir dentro de él el secreto del universo.

Se levantó, nerviosa al aparecer un sacerdote alto, que en nada se parecía a Pepe Vados, y que además era mucho más afable que éste, pero que a Paulina se la recordó poderosamente.

- Acabo de recibir una carta de Blanca –exclamó-. Bienvenida, Paulina.

Paulina sintió el corazón rebosante. No sabía explicarse tal corriente de simpatía y de hermandad. Comprendió que aquel hombre vestido de negro, de mirada –ahora sabía, esa mirada era como una contraseña de la pureza de espíritu- tan clara, y ella, Paulina, que aún no tenía sus ojos limpios, pero sí brillantes, iluminados de alegría... Que aquel hombre, que había estudiado la ciencia de Dios, se había apartado de todo cuanto pudiera ofrecerle el mundo, por Dios; y era sacerdote de Dios...Y ella, que era una mujer que acababa de mirar por primera vez el mundo de lo sobrenatural... que ellos dos, que jamás se habían visto hasta el momento, se querían profundamente en el amor de Aquel que a los dos les había llamado.

El padre González estaba sonriendo, miraba a Paulina como encantado.

Ella le explicó que si en aquel momento fuese necesario proclamar la existencia de Dios y la verdad de la Iglesia, desde una plaza pública, ella lo haría. Y si fuese necesario dejarse quemar viva, ella se dejaría quemar.

[Cfr. su retiro en una casa de EE]

Aprendió a vivir en una casa donde estaba realmente en humanidad y divinidad Cristo, escondido en la Eucaristía. Escuchó aquellos días claras, limpias y sinceras palabras de amor a Dios.

Comprendió -¡ahora qué bien!- el infierno, esa privación de amor adonde conduce la adoración idolátrica de la miseria de uno mismo, e incluso ese padecimiento físico del infierno. Comprendió cómo el infierno se escoge por un acto libre de voluntad. Comprendió los asombrosos misterios que van siendo revelados por Dios a través de los siglos... Y aquellos días le parecía que sólo una falta de inteligencia esencial era la que le había hecho no creer antes en algo que se aparecía totalmente evidente.

[...]

Comprendía, sobre todo, a la Iglesia, y la gran labor de la Iglesia, que va integrando, a través de los siglos, a todos los hombres que componen el Cristo místico y total. Comprendía cómo la Iglesia recoge la palabra de Dios, la guarda, la interpreta asistida por el Espíritu Santo, y cómo la vida humana con sus vicisitudes a través de los años, sólo tiene grandeza en lo que lucha y avanza consiguiendo, poco a poco, la Vida de Dios. Entendía cómo a veces nos afanamos en tonterías que nada importan al fin del hombre o lo obstaculizan. Cómo a veces el

colmo de la congoja y la miseria son el camino para que, abatido el orgullo, desconfiemos de nuestras fuerzas, y nos volvamos a Dios.

[...]

No había creído conveniente confesar de nuevo sus viejos pecados, ni su situación extraña, y el último día, como fruto de los ejercicios, había hecho una confesión de faltas absurdas, como por ejemplo, de que se había reído de las beatas que comían con ella.

- He pensado “brujas cucurratas”. Lo he pensado cada vez que las veía...

¿Y no ha pensado en lo que habrán pensado ellas e usted?... ¿Sí?... Bueno... Ahora en serio: no se fíe usted de su optimismo. No crea usted que siempre va a tener esa sensación de fe absoluta, de alegría y de gracia... Llegará un momento en que dudará de todo y se desesperará. Siga usted entonces a los pies de Cristo; entonces será el momento en que Dios la pruebe. Fortalézcase ahora.

Aunque parezca extraño, esta jerga le parecía a Paulina muy complicada.

- Pero, padre, ¿cómo voy a dudar de lo que positivamente sé que es cierto?... Una vez sabido, ya...

Salió a la calle con aquella confiada sonrisa... Aunque, desde luego, suavemente, Aquel soplo de luz sentido varios días, aún más suavemente que a su llegada, se había ido desvaneciendo. La había dejado distinta a como era antes. Eso sí, infinitamente enriquecida. Como un río que después de volver a su cauce deja la tierra de las orillas cargado de semillas, de vitalizante barro y humedad.

Paulina respiró el aire ardiente de la acera y de los árboles torturados de la ciudad... Notó que era una pobre mujer sola, y no la mártir, la santa que estaba dispuesta a ser, que creía ser unos días antes.

“Me ha sugestionado el padre González”...

Sin embargo, creía. Tenía una fe inmensa. Por primera vez, tenía fe, ahora que aquella misteriosa luz de su cerebro se había ido. Fe es estar a oscuras, creer en lo que no se siente ni se ve. (Segunda parte II, pp 144-160)

Paulina no sabía cómo comenzar a hablarles de aquello que la llenaba. Le parecía que el interés por los descubrimientos espirituales había decaído en el matrimonio con el bienestar.

Paulina bebió, y escuchó la cháchara de Concha y sus chismes maliciosos sobre personas desconocidas para ella, hasta que al fin quiso meter baza, explicar su nuevo punto de vista. La única salvación posible de la vida...

- Creo que estamos en una época de absoluto paganismo –empezó-. Todo esto que me contáis lo hemos leído en la época de la decadencia, de la cultura pagana... Si no hay más que zancadillas y crueldades, robos en gran escala y una obsesión sexual desmedida...

Concha le interrumpió, molesta.

- Hablas como una puritana, hija, pero de verdad no te vendría mal enterarte de algunas cosas del catolicismo. Te advierto que jamás ha habido la piedad que hay ahora, y te advierto también que Rafael y yo nos hemos convencido de que es absolutamente antisocial eso de no estar totalmente dentro de la Iglesia. No te diré que nos hayamos convertido. Eso es idiota, puesto que estamos bautizados desde que nacimos, pero practicamos públicamente como la mayoría de nuestros amigos... No hay nada de ese paganismo que dices; lo que pasa es que ninguna diversión ni ninguna manera de vivir está reñida con la piedad. Tú tienes ideas extrañas acerca de esos... si reflexionases un poco se te quitaría todo el miedo a la práctica de la religión.

Su pensamiento le empezó a jugar malas pasadas, imaginando a Antonio en su coche, camino de León, su cara de desencanto cuando el teléfono no contestase a sus llamadas...

Al fin se llamó al orden. Pasó una mala tarde. Tenía por allí los Evangelios... No se decidía a abrirlos. La parecía que estaba como saturada de rezos. Era un raro sentimiento de despego después de su exaltación de los otros días... Al fin los abrió: “Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo”... Le pareció demasiado severo. Se impacientó... (Tercera parte, III pp 189-200)

Le parecía que a ella está llamarada que le había encendido el muchacho nunca podría quitársele... Unos días antes hubiera podido ver este cariño como algo sin importancia, algo completamente ridículo, considerado en orden a Dios... Pero ahora se sentía otra vez pequeña, humana. Otra vez adquiriría su importancia todo lo de alrededor. Y Dios existía, y Dios se metía en los corazones, y Dios amaba hasta hacerse hombre y padecer por amor y ella lo sabía, pero... La exaltación estaba terminada.

No comprendía nada de aquello que le había sucedido, si quería examinarlo con su inteligencia, y se sentía como despechada... ¿Cómo? ¿No sabía Dios quién era ella, Paulina...? Una pobre mujer... ¿Por qué había venido para luego dejarla sola?... Más que nadie, Él, su Creador, sabía que ella no era capaz de entender ni amar si Él no metía este entendimiento, este amor en su corazón. Ella tenía capacidad muy pequeña. Sólo para cosas inmediatas, cercanas... Es claro que ahora sabía que más allá de todos los sentidos y experiencias hay otra experiencia de Amor, pero no se sentía capaz de alcanzarla, de tratar de alcanzarla.

Deseaba demasiado la felicidad. Ahora no le daba miedo ser feliz, como cuando muchacha. Ahora le daba miedo dejar pasar la felicidad. La necesitaba, era suya, esta pequeña, cercana y comprensible felicidad humana. Era suya, la había ganado con mucho dolor anticipado...

Después de estas reflexiones tuvo un instante de verse a sí misma como una mujer ajada, dura, anhelante de un placer que tenía mucho de bestial, por mucho adorno que quisiera ponerle. Y era terrible sentirse así después de haber creído merecer hasta la revelación del Cielo.

Triste, con un extraño sentimiento de humillación, se sentó a escribir a Antonio.

Se sentó frente al escritorio de su hijo y volvió hacia abajo la ampliación de una instantánea que Eulogio y ella se habían hecho en Barcelona, en el jardín de las “ratonetas”.

Empezó a chupar su pluma estilográfica. Sentía gran dificultad para trasladar al papel sus sentimientos... Pero sobre todo, aquel milagro del tren, desde esta lejanía. Escribió sencillamente, al fin:

“Creí de repente. Sin lugar a duda alguna. En todo. En Dios. En la Iglesia. En la Virgen María. En la Comunión de los Santos. En todo...”

“Dicen que esto es una gracia especialísima. Pensé, incluso, que era una contestación de Dios a todas mis desesperadas preguntas del año pasado, cuando sufría yo tan absurdamente, tan mezquinamente, y como sin motivo... Pensé que para siempre jamás Dios quería darme la alegría de los Santos. Y si ellos tienen siempre está alegría, te aseguro que no hay mérito alguno en dejarse hacer tiras por ella... Pero ya no la siento, y vuelvo a sufrir por ti.

“Ahora que...Te aseguro que no es un espejismo, ni una ilusión, ni nada de eso. Lo que yo tuve fue un saber la verdad, que ahora ya se ha ido, aunque me ha dejado la certeza... Lo que no puedo comprender es por qué yo y no otra persona, yo, he sido la que he sabido... Pero dicen que no hay que decir por qué a Dios. Que nosotros somos como niños chicos ante sus designios, no sabemos... No podemos entender.”.

[,,]

Al llegar a casa, encontró un paquete que le entregó la portera. El padre Pedro, como siempre, le enviaba libros... Le había enviado ahora una colección de ellos que trataban todos de conversiones al catolicismo, conversiones de personas de nuestro tiempo, personajes célebres de las letras, de la ciencia, de la filosofía... Y una revista con un artículo marcado en lápiz rojo.

No merecía ella tanto, en su propia opinión. Hubiera deseado poder romper aquella reserva suya, correr al padre Pedro y advertirle qué clase de persona era esta mujer que unos días antes le había asegurado que se dejaría quemar por su fe.

Pero, los libros estaban allí, la acompañaban. Estuvo leyendo hasta la madrugada. Se sentía acompañada por todos aquellos que como ella misma habían encontrado después de muchos años de alejamiento o negación, la verdadera fe.

Era una buena, una extraordinaria compañía. Muchos de los convertidos volvían a la Iglesia desde un puro afán de Dios orientado en la doctrina protestante, pero otras, como la

misma Paulina, habían sido “pilladas” por la gracia repentinamente... A veces, de manera tan curiosa como la de Pittigrilli, el escritor de la gracia cínica, que fue alcanzado por Dios a través de sesiones de espiritismo, al darse cuenta de los errores que había allí.

La lectura, poco a poco, le serenaba el alma. Estaba segura de que todos aquellos hombres y mujeres habrían tenido luchas, angustias, retrocesos. “¿Por qué ibas a ser tú una excepción? –le decían-. ¿Qué has hecho tú para que Dios le escogiese, te levantase en un vuelo y ya no sintieses ni dolor ni deseo alguno terrenal, como una bienaventurada? ¿No vas a saber luchar tú también?

[...]

A Paulina le impresionaron dos cosas, especialmente. Una, la historia de Edith Stein, atea de origen judío, secretaria de Husserl y filósofa ella misma. Esta mujer era una intelectual extraordinaria, que encontró la verdad una noche, leyendo a Santa Teresa... La encontró tan certeramente, que al poco tiempo entraba en el Carmelo.

Eran tres fotografías de un extraño convertido francés, que murió a principios de siglo en África: Charles de Foucauld. La primera era de su juventud de elegante parisiense. Cuando le llamaban “el gordo Foucauld”... Algo blando y cínico y poco simpático había en esta cara del gran gozador de la vida, desde luego. La segunda fotografía era de los primeros tiempos de su conversión. Una cara interesante de hombre en lucha. La tercera, de sus últimos tiempos: la cara más espiritual, más ascética, inteligente y dulce que uno puede imaginar. La cara de un santo.

Al día siguiente, Paulina fue muy temprano a la iglesia. Se acusó humildemente en un confesionario de haber consentido malos pensamientos. Comulgó y estuvo llorando mucho rato, con la cara entre las manos, sin saber por qué... Después estuvo mucho rato quieta, en la tranquila iglesia llena de viejas bisbiseantes, llena de penumbra y de olor a incienso... Estaba quieta, como esperando, como anhelando...

Nada. No sucedió nada. (Tercera parte, V pp 206-211)

[Eulogio]- ... Pobre mamá, está muy asombrada con lo tuyo. ¿Qué hay de ello?

- Es cierto –dijo Paulina.

Pero no dijo más. No sé sentía con fuerzas de volver a contar en estos momentos lo que había sentido... Si casi le parecía que ni lo había sentido... Pero, no. No. ¡Con qué fuerza, con qué claridad sobrenatural había visto las cosas aquellos días! Aquello no eran ilusiones. Había *sabido* cosas, luego se le habían borrado. Pero había sido un sabor distinto de la vida. Sí, una sabiduría.

[...]

- Hija mía –dijo Blanca, mirándola con sus hondos y limpios ojos-, no pareces muy feliz... ¿Cómo es eso? ¿Te acuerdas de la carta que me escribiste? Siempre la llevo conmigo...

Blanca se hundió con un suspiro en una de las butaquitas del comedor. Resultaba un poco problemático pensar cómo iba a poder salir de allí. Buscó en su gran bolso negro y tendió a Paulina la vieja carta. Paulina, con las manos un poco temblorosas, cogió aquella hojilla de papel que ella había escrito en plena euforia en la Puerta del Sol... Dos meses escasos... No, ni dos meses hacía.

- Ya no siento nada de esto, Blanca... No es que haya perdido la fe, ¿cómo explicarme?... Sé que existe Dios y su Amor, y sin embargo... Ahora estoy lejos, como metida otra vez en las cosas de aquí. Estoy tan horrorizada, si vieras. Un chiquillo que conozco desde muy pequeño ha cometido un asesinato. Ha matado a una pobre vieja aquí mismo, en esta casa... ¿Cómo permite esto Dios? Hay cosas horribles a las que no encuentro explicación alguna. En aquellos días lo sabía todo, yo sé que sentía que todo estaba bien, que todo tenía un orden magnífico hacia Arriba, pero ahora...

- Ahora tienes obligación de pedirle a Dios que te ayude, ya que te ha hecho ver, hija mía... ¡Te ha llamado de tal manera!... Examínate por dentro, mira si has respondido a esa llamada... Habla con un sacerdote, él podrá orientarte... Tú verás cómo vuelves a recuperar aquello que crees que perdiste. Y si no lo recuperas nunca, de esa manera sensible... pero, por dentro, algo de ti se serenará, si dejas entrar al Espíritu Santo en tu alma, si sigues el camino de la verdad. No hay otro: el de Jesús, ¿sabes? Renunciar a sí mismo, dejar de querer vivir para uno. Tomar la cruz y seguirle... (Tercera parte X, pp 249-255)

Blanca, con sus palabras, había hecho algo así como sacudir sobre Paulina un nido de avispas.

Ahora, la vida de Paulina no podía ser igual que antes de haber tenido aquella viva iluminación en el tren. Su vida de pagana, limpia y estólida de espíritu, regida por instintos, deseos limados por la educación, sentimientos más o menos desarrollados... esa vida había terminado. Inútil tratar de pensar en otra cosa. Había perdido aquella inocencia de creer que hacía siempre lo que consideraba bien hecho...Esta consideración podía variar suavemente en otros tiempos, según las íntimas apetencias, y de hecho había variado muchas veces... Ahora no.

Ahora sabía, sin lugar a dudas, que una serie de cosas tapan la presencia de Dios en el alma. Una serie de cosas determinadas matan y ensucian el alma. Roban a Dios el canto de gloria del alma.

Las palabras de Blanca la habían horrorizado. Sí, todo consistía en que los que conocían a Cristo lo siguieran, formaran verdaderamente parte del Cristo místico y total y lo mostraran en sus vidas. ¿Qué más daba robar, que fornicar, que matar...? Todo obedecía al mismo impulso de egoísmo propio. Aparentemente, algunas cosas resultaban más dañinas a la sociedad que otras... Y siempre en un espacio de tiempo limitado. A la larga, todas eran

igualmente dañinas, aun a la sociedad... Y delante de Dios, quizá era ella, Paulina, más culpable que aquel imbécil muchacho asesino.

Paulina, quince días después de su conversación con Blanca, recibió una carta de Antonio. La leyó en su cocina...

Paulina, pálida, con gesto cansado, apartó al perro, retorció la carta y la hizo arder.

Empezar a seguir el camino de Cristo... Aquello que vio tan fácil, tan fácil bajo el impulso suave de la gracia sensible. ¡Qué difícil resultaba, cuando había que empezar por arrancar aquel ojo, aquella mano escandalizadora. Su corazón. Su mismo corazón!

[...]

Llamaron a la puerta. Era Luisa, la vecina de arriba, que pedía prestada una cebolla.

El caso de Luisa era angustioso...

[...]

- Luisa –había dicho brutalmente Paulina el año anterior-, no tenga usted más hijos, no haga esa barbaridad. – Luisa se había sonrojado.
- Es que mi marido, el pobre hombre, no tiene fuerza de voluntad...
- Pero no se trata de eso, no sea loca, mujer, hay procedimientos, y si fallan, pues hay incluso... Mire, Luisa, yo no aguanto verla a usted así otra vez. Si le pasa algo me avisa, yo busco el dinero, yo se lo presto y...

Luisa no entendía al pronto. Cuando entendió se quedó helada.

- Pero, Paulina, ¿cómo cree usted que me han educado a mí? ¿No sabe usted que soy aragonesa? Yo soy religiosa de verdad. No creo sólo lo que me conviene y dejo de creer en cuanto no me convienen las cosas, y nunca evitaré los hijos que Dios me mande... Y luego, ¿cómo se le ocurre que yo podría, que podría...? ¡Vamos!

Paulina había sentido ponérsele los pelos de punta, entre admiración y horror, con una mujer tan bruta. Ahora que oía los lloriqueos de sus niños, sabía que ella, Luisa, estaba en la verdad. Cargaba con su cruz, bien pesada, por cierto, como tantos hombres y mujeres, sabiendo perfectamente lo que se hacía. Ahora le estaba sonriendo y despidiéndose con su cebolla en la mano.

- ¿Qué? ¿Cómo va con Francisco?

Luisa se empezó a reír y dijo que muy bien, que perfectamente. Paulina sonreía también, mientras la iba despidiendo. Las dos recordaban un sucedido que le había ocurrido a Luisa el año anterior.

[...]

“Si yo no puedo dejar de pensar en la muerte de la mujer de Antonio para tenerlo, tengo que dejar a Antonio”...

Ésta era una idea clara, clarísima. Algo sin vuelta de hoja. O dejar de pensar en Antonio o dejar de pensar, de una vez para siempre, que ella creía en Dios y que, además, creía que la Iglesia católica, apostólica y romana era la depositaria de los Mandamientos y los Poderes de Cristo.

A momentos se desesperaba. Era como si un demonio le hablase dentro de ella: “Dios ha venido a ti, se ha mostrado a ti para que te condenes. Mientras hacías las cosas en la inocencia, con la tranquilidad de tu visión material de la vida, pocas veces eras culpable. Pero ahora, ahora rechazas la luz, dices: quiero el infierno. Lo escoges... Tú escoges como Lucifer. Dios te ha dado tanta libertad...”

... Era una mujer con los ojos como asustados, inquietos. Miraba a la gente como quien ha perdido algo. Recordaba que había encontrado una cosa más importante que la vida, aquel verano, y que la había perdido... Había tenido la sensación de Dios y la había perdido.

[...]

Con un impulso repentino, entró en el templo. Lo deseaba. Sí... Lo deseaba... Se quitó el pañuelo del cuello y se lo anudó a la barbilla, cubriendo la cabeza desnuda, y entró.

[...]

“¡Dios mío –rezó-, Cristo mío, Jesús! Yo sé que existes, que me has llamado, que quieres que siga tu camino de renunciamiento propio, tu camino hacia la felicidad que me has enseñado, tu camino que, además, yo lo sé, da la única felicidad verdadera y duradera que hay en la tierra... Yo sé que es cierto, aunque ahora esté tan lejos de aquella alegría. Y es natural que esté lejos. ¿Qué hice jamás para alcanzarla, aun sabiéndola verdadera?... Aunque quizá nunca vuelva a sentir aquella alegría, pero... Ya sé que no basta ver la felicidad de Tu luz, que no basta eso. Hay que seguirte, pero... Tú lo tienes que hacer todo. Yo te lo pido con humildad, Dios mío. No es mucho. Sólo que me permitas empezar apenas, a desear de corazón, sin reserva alguna, seguirte...”

“Que me permitas desear..., que me permitas desear...”, repitió sin darse cuenta, mientras sentía que sus manos se iban mojando de lágrimas gruesas, limpias, buenas.

Era difícil desear ser de Cristo cuando sabía que ser de Cristo hacía despojar el corazón de una inicua atadura humana, tan dolorosa, tan querida, la atadura de un amor con un hombre casado.

“Permíteme desear...”

Inmediatamente sintió paz. Una débil, una suave paz. (Tercera parte, XI, pp 257-263)

- Antonio. No voy a ir a cenar contigo. Quiero que me entiendas. Me es necesaria, absolutamente necesaria, la pureza que ahora tengo en mi vida. Lo menos que Dios pide a una persona que le conoce, lo negativo del asunto, lo mínimo, vamos, es que esa persona se purifique y abandone el pecado...

- ¿Es pecado cenar juntos?

- Quizá no. Pero te he querido demasiado para que esté bien...

- Me has querido..., así, en pasado lejano, ¿no?

- Y te quiero. No es necesario mentir. Pero sí es necesario que no te lo vuelva a decir nunca más.

- Eso es absurdo y antihumano... Y también insincero. Paulina. Tú sabes que yo soy un hombre normal, con pasiones de hombre normal, y estoy casado con una moribunda. Es necesario que sepas que si Rita se muere volveré a buscarte, y es necesario que pienses, sin hipocresía, que me esperarás.

Paulina quedó muy seria, como reconcentrada...

- No puedo esperar en esperarte, Antonio. No te puedo decir lo que haría llegado el caso que dices. No te puedo decir nada, porque ahora todo depende para mí, de Dios...

- Me decías lo mismo en septiembre. Luego, en la playa, ¿no me decías también que eso era como si hubieses salido de un sueño malo, para encontrarte con una vida llena de posibilidades? ¿No me decías que Dios no puede condenar el amor sincero y que te sentías tan capaz de pasar la vida haciendo descubrimientos de hermosura, disfrutando tanto de los seres humanos, de la música, de los viajes, de todo lo bueno que hay aquí abajo, que Dios se sentiría contento?

- Es muy fácil decir esas cosas, Antonio. Es muy fácil levantarse dioses a nuestra medida mezquina. Pero la verdad es que cuando Cristo llegó a la tierra nos enseñó a morir en una cruz para divinizarlos.

- ¿Crees que Dios no quiere más que la desgracia, y que una persona feliz y con dinero no puede encontrarle...?

- No. No es eso. Creo que Él da la única felicidad. Pero el camino para lograrla es distinto de aquel que uno sigue para encontrar la felicidad de la tierra, la que se ve al alcance de la mano... Sí, es un camino muy distinto. A veces está uno como perdido, como sin saber... Pero Antonio, te lo juro, no hay más que entregarse con sinceridad al comulgar con Cristo, y Él te ayuda....

- Sí Él te ayuda, te dirá que no tienes derecho a engañarme a mí, a dejarme con mi incredulidad, mi materialismo y mis desesperaciones...

Antonio observaba a Paulina como un gato a un ratón. Le gustaba que ella le hablase de aquella manera espiritual, porque a Paulina le iba bien, lo reconocía, aunque se sentía algo apabullado.

- Yo no puedo ayudarte más que siendo sincera a fondo. Haciendo lo que creo que debo hacer. Cuando llegan tus cartas sufro a veces una sacudida y una angustia, sobre todo si las leo... Pero casi siempre las quemo sin leerlas, y cada vez tengo más fuerza para hacer esto, porque la gracia de los sacramentos es un hecho tan real que quedarías asombrado... Es claro que si vas a comulgar esperando un milagro, pero sin humildad y sin pedir ayuda a Dios para seguirle, es muy difícil que notes su efecto, pero de otra manera... ¡Dios mío! Yo no sé cómo explicarte cómo es mi vida ahora...

- ¿No bebes, Paulina?

Paulina probó un poco de aquel líquido que le pareció alcohol de quemar en el que hubiesen disuelto un poco de barniz.

- Has hecho una mueca muy graciosa, Paulina. Una mueca que no va con tu discurso místico... ¿No te das cuenta de lo divertido que resulta que me estés contando estas cosas aquí, con toda esta gente alrededor? ¿Crees que hay uno solo de estos que nos rodean que piense como tú? Creo que estás obsesionada, sinceramente. Yo sabría hacerte volver a la realidad...

- No quiero una realidad como la de los cerdos. Quiero una realidad humana. He pasado demasiados años pensando en mi cuerpo, en sus sensaciones, en sus anhelos, en sus vacíos, Ahora debo someterlo a otra cosa mucho más grande, que he podido ver... Antonio, ¡qué orgullosa era yo cuando no creía! Me parecía que cualquier cosa que yo pudiese atisbar y desear la alcanzaría siempre, costase lo que costase. De pronto vi sin lugar a dudas el mundo del espíritu, y la vida en Dios... Y tuve que convencerme de que yo sola no puedo nada...

- Tú misma te contradices.

- No,.. No... Si pido ayuda, me la dan en los Sacramentos. La tengo ahí... Es muy difícil a veces, ¿sabes? Pero es maravilloso. Es como volver, remontando la corriente de los años, de todos los cinismos, de todas las suciedades de la mente, hasta llegar de nuevo a la fuerza limpia de la juventud... Sí, es como navegar contracorriente vivir esta vida; es tan difícil, y por eso, tan maravillosa.

- Paulina, vamos a un sitio agradable, a un sitio donde no tengamos delante esa puerta que chirría al abrirse ni estos espejos que nos convierten en cadáveres, ni este ruido. Aunque no lo creas, me gusta oírte hablar así... ¡Es tan español...!

Paulina le miró sorprendida.

- Sí; si contara esto a una mujer de otro país, no lo creería...

- No creo que tengamos la exclusiva de los santos ni de la sinceridad en las creencias.

- Pero este misticismo... Paulina, una suegra, un cuñado, y ahora tú... ¡Tres seres místicos! No me dirás que no es un buen porcentaje para una sola familia... Anda, vámonos a cenar. Mira, podemos hacer algo bueno... Cenar, pasear por ahí limpiamente... Y antes de tomar yo mi avión y tú de acostarte, oír la primera misa juntos. ¿No te tienta la idea de catequizarme?

- No digas disparates. Vámonos...

Antonio se sintió descorazonado cuando ella se puso en pie. Ahora no se olvidaba de los guantes. Los sacó de su bolso y se los calzó despacio, mientras Antonio la miraba, sin enfado, y sin mucho anhelo tampoco. No habían sido solamente las palabras de Paulina, cuyo sentido no captaba enteramente, son toda su actitud, su manera de decir las cosas, hombre de tal manera, que ahora sólo deseaba expresarle su buena voluntad, deseaba que ella le estimase además de quererle que confiase. Suspiró haciendo una mueca para quitarle importancia y Paulina le recompensó con una sonrisa tan llana de afecto que pareció deshellarle la sangre. Se le ocurrió pensar que en sus relaciones con esta mujer siempre había uno que llevaba las riendas sentimentales, otro que se sometía... Frunció el entrecejo al pensarlo mientras se iban del café porque incomprensiblemente él se sentía de nuevo sometido a la voluntad de Paulina, como nunca hubiese creído que volvería a suceder.

Cuando salieron a la neblina ligera de la calle, respiraron a gusto. Arriba en el cielo las nubes se estaban agujereando y lucían algunas estrellas.

- Paulina, prométeme que me esperarás hasta que se sepa algo definitivo sobre Rita.

- No puedo... No puedo prometértelo...

Seguía en Paulina aquella firmeza que a Antonio le desconcertaba, porque en el fondo estaba seguro de que ella le quería. Había algo cálido en ella que respondía a su reclamo. Una cosa impalpable, pero certísima.

Iban al lado uno de otro. Paulina no parecía huir ya. Antonio empezó a hablarle de Roma, con cierto entusiasmo.

- Si visitases otros lugares del mundo dejarías esa intransigencia celtíbera que estás empezando a tener contigo misma... He ido a visitar en Roma a unos amigos; viven en el palacio que fue de un célebre cardenal. Las pinturas que decoran los muros el palacio te harían enrojecer.

Paulina sonreía.

- Sería difícil hacerme enrojecer a mí... Y nada de lo que me digas me hará creer que soy intransigente. Por el contrario... yo...

- Si todo el mundo entendiese la religión como tú, te aseguro que sería cosa de muy pocos.

- Por el contrario, si cada uno tuviese la voluntad decidida de ser fiel a sus creencias, el mundo presentaría otro aspecto... Y a mí, precisamente, me ha sido dada una claridad tan grande... Cuando pienso en que hay tantos hombres, tantas mujeres que dan vueltas alrededor de la verdad, llenos de dudas, y a lo mejor son personas magníficas, y yo, que estaba en un momento de embrutecimiento, de materialismo absoluto, yo...

- No seas ridícula, Paulina. Tú has sido siempre una mujer puramente espiritual. Has sido... la mujer más espiritual que encontré en mi vida. Lo raro era que no tuvieses fe... Lo que te pasa es una consecuencia natural, aunque un poco exagerada, de tu mismo carácter.

Paulina no quiso discutir...

- Vamos a separarnos aquí –propuso-, y... No me escribas...

Estaban junto a la bocacalle, ...

- Lo siento. Dejé mi automóvil junto a tu puerta y aún está demasiado nuevo para abandonarlo...

Anduvieron así, en silencio y despacio, por entre charcos y barro [...] Al fin se acabó aquello cuando Antonio cogió a Paulina por los hombros en una leve caricia, como a un chiquillo. Paulina se sintió helada en la sombra. No esperaba que él pudiese hablar tampoco. Ella no podía. Pero él se despidió claramente.

- ¡Adiós! Y acuérdate de que he venido a decirte que, pase lo que pase, me casaré contigo.

Las palabras del hombre no tenían sentido alguno para ella. El presentimiento de que jamás volvería a oír esta voz la golpeaba y le quitaba toda otra percepción.

Paulina quedó quieta y aturdida donde estaba, mientras Antonio se alejaba hacia su automóvil...

Cuando el coche en que Antonio se iba, decepcionado, había desaparecido, aún estaba Paulina quieta y temblorosa, empezándose a dar cuenta del frío y la humedad de la noche y de la profunda pena que, a pesar de la nueva serenidad y firmeza adquiridas, podía acuchillarla tan ferozmente. (Tercera parte, XII, pp. 276-281)

[...]

La señora Nives, Paulina, estaba tomando fama de beata en el barrio. Vivía aislada como siempre, algo más sonriente que el año anterior, con un paso más vivo y seguro. La fama de beata era una cosa desagradable, que levantaba alrededor de ella una impalpable red de antipatía y hasta de odio, con ese odio que los seres elementales tienen hacia lo que son incapaces de comprender... La portera sorda contaba algunas cosas sabrosas, sin embargo, acerca de esta orgullosa señora que vivía sola y se comía los santos...

... No tenía muchacha y, además, daba algunas clases. Le gustaba permitirse el lujo de regalar algún dinero, pero le gustaba también que este dinero fuese ganado con su trabajo. “Una moral –pensaba sonriéndose- que su suegra hubiese aprobado siempre”...

Además de estas ocupaciones, Paulina vivía pendiente de saber, cada vez más, algo sobre el profundo misterio de la religión, que había cambiado su vida.

La vida espiritual de Paulina se había ido serenando y removiendo en ciclos precisos, durante aquellos meses. Casi nunca tenía fiestas de gozo sensitivo como la Navidad. La mayoría del tiempo –pensaba ella- las cosas de espíritu están allá adentro, alimentándose, fortaleciéndose y fortaleciendo la vida. Es como el corazón. No siempre está uno pensando que lo tiene, aunque lata acompasadamente y lance la sangre limpia por las arterias.

Paulina, ocupada en sus quehaceres, se sentía una mujer muy corriente, pero con una seguridad que convertía su vida en algo lleno de sentido. Tenía una motivación válida aquel dolor sentido al apartarse de Antonio, y se sentía contenta de haberlo hecho. Tenía un sentido de pureza de la vida, y había una verdad que experimentaba en ella misma. La verdad de que un cuerpo acostumbrado al placer puede regenerarse y una voluntad deshecha reedificarse y una imaginación cínica purificarse... Dios estaba entre los hombres hasta la consumación de los siglos y se entregaba siempre a la buena voluntad y al deseo humilde... (Tercera parte, XIV, pp 295-297)

Veía su vida cómoda y grata, el cariño de su hijo que sentía intensamente, como nunca. Y que parecía colmar su capacidad afectiva... El aburrimiento había huido para siempre, desde que se sentía lanzada a los pies de Dios... Y, sin embargo, aquella fuerza tremenda, cada mañana renovada al comulgar, la inquietaba, su indecisión y desarraigo.

Al fin la impulsaba siempre a rogar a Dios que le dejase ver hasta el fondo de su deber, hasta el fondo de lo que Él deseaba que ella hiciese... (319)

[...]

Le pareció comprender, como nunca, la grandeza del matrimonio católico, que no es sólo un contrato, sino un sacramento. Una unión indisoluble de dos seres que quieren juntar sus vidas hasta la muerte, ayudándose uno a otro, espiritual, material, carnalmente. Una unión para Dios. Una unión cuya indisolubilidad sólo tiene sentido en orden a Dios, pues no es sólo un egoísmo de amor, o de conveniencia. Traspasa el amor, traspasa la conveniencia y la atracción. Cuando esto cesa, el sacramento no se rompe y quien lo recibe, recibe también gracia suficiente para llevarlo hasta el final. Y tiene la bendición de Dios, porque es un camino donde toda abnegación y todo perfeccionamiento y toda hondura de los hombres pueden manifestarse. Precisamente porque es una gran entrega que excluye el egoísmo.

[...]

A Paulina le pareció sentir el olor a hierba recién cortada. Vio de nuevo los serios ojos azules de Eulogio sobre los suyos: “Para siempre, Paulina... En la riqueza, en la pobreza, en la felicidad, en el dolor...” Ella también se había dado así. No como una aventura, sino para toda la vida.

Para siempre. No importaba que sus impulsos egoístas hacia Eulogio hubiesen terminado. No importaba que le horrorizase mucho más la idea de vivir con él en el campo que encerrada en un convento para toda la vida. No importaba que le pareciese mucho más difícil dedicarse a Dios, entre embarazos y tareas oscuras de ama de casa campesina, que en un lugar cuyas horas estaban marcadas para los rezos y para el silencio. No importaba que hubiese pensado en una felicidad terrena con otro hombre. No importaba nada. Dios le daría la gracia necesaria para seguir su camino, porque ella era la mujer de Eulogio, y esto es lo que continuamente se le estaba señalando en su vida, sin que ella, cegada por su propia imaginación, hubiese sabido ver la sencilla verdad: ella era la mujer de Eulogio, ya que los dos siendo libres, se habían dado uno a otro, limpiamente y para toda la vida. (Tercera parte, XV, pp 319-329)

Esta carta de Eulogio había llegado después de aquellos meses solitarios, tan tremendos en los que después de renunciar a Antonio ya para siempre, Paulina entró en lo que le parecía una época verdaderamente penitencial y purificadora... No sólo por el calor, la soledad y el aire seco de que la estuvo rodeando aquellos meses, sino porque una vez pasada la época de las primeras luchas, Dios no se manifestaba en la oración de Paulina de una manera sensible, y ella sabía que estaba dando los primeros pasos en ese estadio que los teólogos llaman desierto de la vida espiritual. Un camino desabrido, en pura fe, sin más fuerzas que las naturales para vivir, soñar y pensar...

[...]

Al volver con Eulogio padecería un poco, pero la gracia sacramental la ayudaría siempre, y a cada vacío, a cada abnegación, Dios la iría llenando. La vida de Eulogio y la suya, al fin, estarían colmadas por algo más que por el propio egoísmo.

[...]

Eulogio la enlazó, pasándole el brazo por la espalda, y su fuerte mano quedó en el hombro de la mujer. Así habían paseado a veces, cuando jóvenes, durante su corto noviazgo en Villa de Robre. Así pasearon ahora, por los senderillos del Retiro, pisando las primeras hojas que el verano había desecado.

Paulina empezó a notar en ella una gran confianza. Y una gran paz. La paz de haber empezado, al fin, su camino y de andar “en espíritu y en verdad”. Esa paz de Cristo “que supera todo sentido”, y que la envolvía enteramente, cuando regresaron hacia la casa. (Tercera parte, XVI, pp 331-335)